



“Éste es mi servidor, a quien yo sostengo, mi elegido, en quien se complace mi alma” (Is 42, 1)

Queridos Hijos y Hermanos,

El Evangelio de este domingo nos presenta la escena misteriosa y sublime del bautismo del Señor con el que se da origen a su predicación pública. Hasta ahora, su vida en Nazareth se caracterizó por el silencio y el ocultamiento. Cristo ha venido al mundo “para dar testimonio de la verdad” (Jn 18, 37). Desde el Bautismo en adelante, este testimonio de la verdad pasará a la plena luz y se hará manifiesto. No es casualidad que los textos litúrgicos del día de la Epifanía –que como sabemos, significa “manifestación”- hagan numerosas referencias a este acontecimiento. Tampoco es fortuito que los misterios de Luz del Santo Rosario comiencen con el bautismo, al que seguirá el milagro de Caná y la proclamación del Reino de Dios. A orillas del río Jordán Dios Padre, la misma Luz increada, dará solemne testimonio del Hijo para que su palabra comience a resplandecer entre los hombres por la predicación.

Este pasaje de la vida del Señor nos refiere el doble misterio que de aquí en adelante se desenvolverá en sus últimos 3 años de vida terrena. Por un lado, Cristo, tras el testimonio público que el Padre da sobre Él, comienza a iluminar a los hombres por medio de la Buena Nueva, esto es, el Evangelio. Y en la misma medida que su luz va creciendo, la oscuridad empieza a cernirse más y más sobre su persona, hasta llegar a las tinieblas de la pasión y de la cruz. “Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt” (y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la extinguieron) dice el prólogo del Evangelio de San Juan.

En Schola Veritatis, siguiendo la tradición oriental, hemos tenido la gracia de meditar sobre el misterio de Dios como luz y de la salvación como “ilumina-

ción”. Es la síntesis maravillosa del apóstol San Juan y una manera de entender en profundidad el drama de la historia humana. En el cielo, cuando nuestras almas estén perfectamente purificadas, la luz de la gloria nos permitirá ver cara a cara la esencia de Dios. Será, como sabemos, un conocimiento pleno y perfecto que saciará totalmente el anhelo de nuestras almas. En esta vida, la luz de la fe nos permite participar del mismo conocimiento de Dios por medio de la Revelación. El Verbo encarnado es quien comunica al alma esta luz que nos guiará por nuestros caminos y que vivificará toda nuestra actividad sobrenatural. «Porque el justo vive de la fe», dice la carta a los Hebreos. Nótese que no dice vive con fe sino de la fe. La fe es la única luz gracias a la cual puede recorrer su camino. Ahora bien, el fundamento que da veracidad a esta fe es el testimonio mismo que Dios da de su Hijo Jesús: «Tú eres mi Hijo amado, en Ti me complace» (Mc 1, 11). Cristo aparece solemnemente en el mundo como el Enviado del Padre, y todo cuanto nos diga será eco fiel de esta verdad eterna que de continuo contempla en su seno. Su doctrina no será suya, sino del Padre que le envía; repetirá cuanto oyere, y de este modo podrá Jesús decir al Padre el último día: «Padre, yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar» (Jn 17,4). Los que le siguen y le escuchan llegan hasta aquella Luz, eterna fuente de nuestra vida en el cielo.

Pues bien, esta luz maravillosa que comienza a brillar, las tinieblas no la soportan. El bautismo prefigura también este misterio, estrechamente relacionado al primero. En la humillación que Jesús, Nuestro Señor, quiso sufrir al buscar aquel rito de penitencia para remisión de los pecados, anunciaba ya el bautismo sangriento de la cruz y el cumplimiento de toda justicia. Desde aquel momento, tributa al Padre el home-

naje supremo que merecen las humillaciones y abatimientos con los cuales realiza nuestra redención. De un modo misterioso, Cristo asume sobre sí, sin complicidad alguna con el mal, la misma tenebrosa oscuridad de los que extinguirán su vida. El bautismo se transforma así en lo que será su misma vida y nuestra vida como miembros de su Cuerpo Místico: misterio de luz y de muerte, misterio de redención, expiación, muerte y resurrección.

Pidamos a María Santísima, la nueva Eva transfigurada por la luz de la gracia, que nos conceda imitar y seguir como ella fielmente a su Hijo por los caminos de la humillación, de la expiación y de la cruz. Que nos alcance participar de aquel amor que arde inextinguible en su Sagrado Corazón, para que seamos a imagen suya luz de verdad entre los hombres. Amén.